

Reflexiones sobre el amor en el cine de Antonioni

I

La reciente proyección de la obra completa de Antonioni ha suscitado numerosos estudios y comentarios de los críticos cinematográficos profesionales, pero quizás no sea inoportuno encararlo también desde el punto de vista ideológico. Este es particularmente aconsejable, porque al lado de sus extraordinarias cualidades técnicas y estéticas, sus películas abordan aspectos sustanciales de la vida humana, en cierto modo inéditos para el espectador medio español.

Se ha hablado bastante de la significación política del cine de Antonioni, es decir de su estructura mental (distinta de su "alistamiento" político). Creo que para analizar esta postura hay que tener en cuenta lo siguiente: *en primer lugar*, que su cine no es *plenamente* crítico. Sólo es plenamente crítico el análisis del presente que intenta trascenderlo hacia una situación futura, que lo integra superándolo. No hay esto en el cine de Antonioni. Su análisis de la incomunicación existencial es una mera descripción, que no ofrece soluciones de recambio.

En segundo lugar (esto es más importante aún, aunque es también más discutible) Antonioni parece dejar a un lado la relación del hombre con la estructura social en que desenvuelve su vida. Si consideramos la relación de "El grito" con sus otras películas, recibiremos la impresión de que el conflicto humano no está influido por las condiciones de vida de los personajes. El conflicto se plantea, claro está, en el seno de una circunstancia histórica, pero esa circunstancia desempeña el papel de un mero escenario y no de un protagonista, no es un factor más en el desarrollo del problema, sino un elemento accesorio que puede cambiar mientras la acción permanece idéntica. Veamos más en concreto la relación de "El grito" con las demás obras. El mismo problema que en "Las amigas", "La aventura" y "La noche" aparece situado en un ambiente burgués, aparece aquí dentro de un ambiente proletario. Ciertamente, existen diferencias entre el problema de esta película y el de las demás. En cierto modo, "El grito" comienza donde las otras

terminan: en el fracaso de la relación amorosa. Todo el desarrollo ulterior de la acción es un esfuerzo por liberarse de un amor que se ha vuelto imposible. En el fondo. "El grito" es una afirmación de la eternidad del amor, de un amor que, también aquí, es imposible, pero que no acaba. Pero estas diferencias no ocultan una identidad del conflicto en lo fundamental: la incomunicación, la aspiración frustrada a la eternidad, la dificultad de comenzar de nuevo. Este conflicto idéntico, se desarrolla en el ambiente burgués como en el proletario; es más, el trabajador de "El grito", a partir de la ruptura, se convierte en una especie de vagabundo desarraigado. Tenemos la impresión de que Antonioni ha sacado a los protagonistas de "su" historia del ambiente burgués en que otras veces se desarrolla, para colocarlos en un ambiente nuevo, sólo por razones estéticas, para buscar nuevos encuadres en los paisajes sombríos del invierno italiano.

Así pues. si nos colocamos en aquel punto de vista, recibiremos la impresión de que el cine de Antonioni es un cine de "naturaleza" o de "condición" humana, de la dotación esencial de todo hombre, que se despliega en cualquier ambiente y situación.

Estos son aspectos negativos del planteamiento de Antonioni. Hay aspectos positivos: sobre todo ese especial pesimismo que impregna toda su obra y del que se desgaja una consideración negativa de la forma burguesa del amor y de la vida burguesa en general.

En el fondo, Antonioni ha vulgarizado en imágenes la visión existencialista del amor. Esta visión posee un espíritu crítico descarnado, un pesimismo capaz de poner al descubierto aspectos de la relación amorosa que quedaban ocultos para las visiones rosáceas o moralizantes. Toda una serie de facetas inéditas y sorprendentes aparecen ante nuestra mirada, que tarda en habituarse a ellas. Esta literatura nos dice lo que hay de fugaz en el amor moderno, un "amor breve" como lo llama Violette Morín, en un inteligente artículo del número 21 de "Arguments"; nos hable de la institucionalización de la infidelidad, la erotización de las relaciones, de las que el amor no es más que una superestructura poetizante, pronunciada sin mucha convicción y suprimible o aplazable por cansancio, o una justificación de la "caída", una especie de tributo a la moral tradicional. Deste estos supuestos cabría también desarrollar una imagen invertida del "Don Juan", que ya no aparecería como el supervarón que ama a todas las mujeres o que es amado por ellas, sino como el hombre que busca una y otra vez el amor eterno sin encontrarlo.

II

Toda la acción desenmascarante de esta literatura es útil, pero no es suficiente. En primer lugar porque sus análisis no son generalizables a todos los hombres y a todos los países. En segundo, y sobre todo, porque suele ser simplemente descriptiva, pero no suficientemente explicativa. La relación erótica está sometida a la influencia de los factores sociales económicos, religiosos, jurídicos, etc., y como toda relación humana, es susceptible de ser "manipulada" indirectamente. Esto descubre el sentido de lo que los poetas considerarán una profanación: de una sociología del amor. Veamos algún

ejemplo de esta determinación del fenómeno amoroso por factores externos, que ya señalaron Marx y Engels.

La "eternidad" del amor parece ir unida al matrimonio monogámico indisoluble. Puesto que el matrimonio ha de durar toda la vida, es necesario que el amor dure otro tanto, ya que un matrimonio sin amor resultaría insoportable. En cambio cuando el divorcio legal es posible, el amor se hace también provisional y se comienza a hablar de su caducidad. ¿Pero acaso el amor era realmente eterno? ¿Esa supuesta eternidad era otra cosa que el deseo de mantener a toda costa un amor que desde el momento del matrimonio ya era el único posible? Acaso se daba ya, en el seno del matrimonio, la misma caducidad *real*, que ahora percibimos más claramente porque nos atrevemos a reconocerla, en último término porque podemos empezar de nuevo. ¿Somos quizás víctimas de un espejismo y, por una especie de inercia, nos resistimos a confesar un hecho elemental: que todo amor es esporádico, que el hombre no puede prescindir del Amor, pero que ese Amor no es más que el marco, o el resultado, de una serie de pequeños amores?

Otro ejemplo de condicionamiento del amor: la fidelidad no es, o no es únicamente, el resultado de la pureza, la abnegación, o el espíritu de sacrificio, cualidades puramente subjetivas, sino de las condiciones de trabajo de los amantes. El hombre que ha de pasar ocho horas en su trabajo y alguna más en su camino, no tiene tiempo para ser infiel. El desocupado, o la desocupada, tienen más ocasiones y pretextos para serlo. Por eso en ciertas clases sociales y niveles económicos la infidelidad es más frecuente que en otros.

La sociología puede desempeñar aquí un interesante papel, analizando la realidad del amor tal cual es en la práctica (en lo que la literatura puede prestar buena ayuda) y explicando sus condicionamientos. Hay una serie inacabable de cuestiones que la sociología puede abordar: cuál es la edad óptima, dentro de cada grupo social, para contraer matrimonio; cuál es el grado de experiencia previa que favorece la estabilidad del mismo; cuáles son los márgenes de libertad que pueden conservar los cónyuges; de qué modo influye en la relación privada el trabajo conjunto de los mismos; hasta qué punto es conciliable con la estabilidad matrimonial la infidelidad pasajera y mutuamente consentida de los cónyuges, etc., etc., etc. Toda una serie de problemas que hasta ahora son objeto de "habladurías" por parte de las personas de "experiencia": madres con hijas jóvenes, "libertinos", solteras (a priori de la experiencia), etc. La sociología nos descubrirá probablemente la insuficiencia de este "saber", bien apoyado en la praxis inmediata pero no racionalizado.

No se trata de burocratizar el amor, que es y ha de seguir siendo una relación personal y espontánea. Ninguna manipulación puede construirla por piezas ni suplantarlo esa dosis de sensibilidad que hay que poner en juego en cada encuentro, pero la sociología nos dará una imagen más exacta y profunda del mismo. No se olvide que la sociología no inventa los condicionamientos de la vida humana, sino sólo los estudia y los controla. Estos condicionamientos ya existían en la edad metafísica y las gentes los tenían en cuenta. Piénsese, por ejemplo, en el matrimonio por interés o en

las "exigencias" de familia, carrera, pureza de costumbres, etc., en el propósito de "hacer las cosas con cabeza". Si en nuestra época ha de seguir subsistiendo ese mínimo de racionalización de la relación amorosa, la sociología puede preparar el terreno, señalando las consecuencias de nuestras acciones y las condiciones que favorecen su éxito.

III

Nuestra época necesita también una nueva moral del amor. Todo el mundo percibe hasta qué punto muchas de nuestras ideas ya no responden a las nuevas circunstancias, son exigencias fosilizadas que nadie sigue. Para poner un ejemplo que no moleste a nadie, pensemos en la reprobación de la sexualidad (incluso dentro del matrimonio) por razones presuntamente espirituales. Nosotros no vamos a proponer esa nueva moral, cosa demasiado difícil y amplia; pero sí podemos captar alguna de las exigencias que se abren paso frente a los convencionalismos, tradicionales a veces, pactando con ellos, pero nunca aceptándolos sinceramente:

a) nuestra época desea una mayor claridad en la visión del amor. La medicina (métodos de control de la natalidad), la sociología (análisis de la influencia del factor económico, religioso, jurídico, etc) y la pedagogía (enseñanza sexual) pueden contribuir a crear ese clima de clarificación. Ya a nadie convence el falso pudor o la ignorancia ingenua que van a ciegas y que en la confrontación brusca con la experiencia causan grandes traumatismos psíquicos e inadaptaciones que se "resuelven" luego a fuerza de resignación. Todo el mundo ha de saber a dónde va, qué puede esperar del amor y qué es lo que ha de darle.

b) libertad, antes, en y después del amor. Antes, para que todo el mundo posea independencia económica suficiente y no necesite "negociar" con su amor. También para adquirir la experiencia necesaria y vivir provisionalmente el amor antes de entregarse definitivamente a él. En la relación, para que cada uno pueda desarrollar libremente su personalidad y poser una independencia no encubierta, sino mutuamente aceptada. Después, para poder recuperar la libertad y comenzar de nuevo si la experiencia ha sido frustrada.

c) fidelidad. Es preciso cuidar el amor e intentar conservarlo sincera y hasta egoístamente. Sabemos que hay que invertir en él para recoger los frutos, que la relación no es posible sin comprensión, tolerancia y sin un mínimo de entrega exclusiva, o al menos preferente, al otro. La libertad ilimitada, el temor a resultar decepcionado, a "dejarse coger" y la entrega a medias, hacen imposible el amor. Si la sombría visión existencialista fuese exacta el amor no existiría, o, cuando menos, no valdría la pena.

d) "manipulación" política. Si sabemos que toda relación personal está influida por la estructura social es posible crear las condiciones para una relación más humana. El Estado viene manipulando hace tiempo, con su política de vivienda, premios o sanciones a la natalidad, traslados de los esposos, permiso o prohibición del divorcio, etc. Esta política "familiar" ha estado presidida frecuentemente por los prejuicios o por la razón de Estado,

Ahora se trata de hacerla más humana, más realista, más capaz de responder a las exigencias del hombre moderno, como un aspecto más del proceso de liberación del hombre.

IV

Estas son exigencias que se hacen sentir en nuestros días, algunas de ellas quizás contradictorias (libertad y fidelidad). Aunque los objetivos no sean siempre muy precisos, se dibuja al menos un nuevo talante.

Hoy ya no nos parece aceptable el *puritanismo* de otras épocas, con su obsesión por reprimir y ocultar la sexualidad, con su "dejar que la vida vaya enseñando", con su hipocresía. Exigimos mayor claridad y libertad.

Tampoco nos satisface una secuela del puritanismo: el *materialismo*, que convierte el amor en instrumento para resolver el problema económico y que adopta el cínico slogan "casarse antes, el amor vendrá después". Comprendemos que, forzados por las circunstancias, muchos individuos hayan practicado esta prostitución legitimada, pero nosotros aspiramos a que todo hombre pueda resolver por sí mismo su vida y no necesite alienar su libertad para poder vivir.

No admitimos tampoco la otra solución que se coloca en el polo opuesto del puritanismo materialista: la libertad total, desilusionada, que disuelve el amor en una serie de aventuras o lo degrada convirtiéndolo en asunto técnico-sexual. Comprendemos su afán de claridad y libertad por desvelar lo que toda relación tiene de lucha y de egoísmo, pero no podemos admitir su falta de ilusión y su renuncia al amor. No podemos saber si en el futuro, cuando la humanidad haya superado la escasez y suavizado las tensiones, el amor continuará conservando este carácter de vinculación intensa entre dos personas, que "lo son todo el uno para el otro", que se otorgan un interés preferente, o si, por el contrario, el amor se universalizará, diluyéndose en una relación con todos los hombres, más leve, pero menos entreverada de tensiones. Pero sabemos que ese momento no ha llegado aún. Por eso la libertad total del amor existencialista, nos parece una negación del amor.

Nosotros pretendemos situarnos a igual distancia del puritanismo materialista y de la libertad total. Se dibuja una especie de movimiento dialéctico. No se trata de un eclecticismo que se disfraza de dialéctica buscándose dos extremos para poder quedarse en medio, sino de un movimiento dialéctico *real*, que reasume la afirmación (fidelidad sin libertad) y la negación (libertad sin fidelidad) en una negación de la negación (fidelidad libre).

Todo esto se basa en una valoración consciente del amor que, al debilitarse el sentido trascendente de la existencia, se convierte en fuente muy importante de la felicidad humana (Camus), para algunos en la más importante de todas. Se basa también en consideraciones sociológicas: la sociedad industrial no toleraría probablemente otra forma de vida familiar que la presente. La experiencia de los primeros años de la revolución rusa parece abonarlo.

A nosotros nos parece que, a pesar de sus tensiones internas y su falta de absoluto, el amor constituye una posibilidad irremplazable de felicidad y realización personales. En esta relación personal, frente a todas las dificultades de la vida que lo llevan muchas veces a sentirse ínfimo e instru-

mentalizado, el hombre da y recibe respeto, admiración, protección y confianza.

De aquí nace la necesidad de reforzar la relación erótica con una gran dosis de comprensión, de sacrificio y de fidelidad. El problema está en cómo conciliar esta fidelidad, sin la que no es posible el amor, con la libertad de que ya no podemos prescindir. Hemos dicho que hoy nos parecen tan inadmisibles el puritanismo oficial de ciertas sociedades como la libertad total de algunos sectores de la sociedad europea, pero aún buscamos la solución de ese dilema del amor moderno. ¿Por reparto de "zonas de influencia", según la fórmula de que Sartre y Simone de Beauvoir han ofrecido a la vez la teoría y la práctica: fidelidad espiritual e infidelidad corporal consentida? (V. la crítica de Pierre Henri Simon al último tomo de las memorias de Simone de Beauvoir, en "Le monde" de 18 de diciembre de 1963). No parece que esta fórmula haya dado buenos resultados, ni que sea generalizable al hombre medio de la sociedad industrial. La humanidad ha de buscar aquí un nuevo equilibrio.

Con esto nos hemos alejado bastante del punto de partida. Que estas consideraciones sirvan, al menos, para esbozar una valoración del cine de Antonioni. No nos referimos a sus cualidades técnicas que, aunque no seamos expertos en la materia, nos parecen magníficas. No creemos que nadie antes de Antonioni haya llegado a expresar tan profundamente, en lenguaje cinematográfico, las interioridades del alma humana, ni que haya "dado" como él ese tono de elegancia sencilla y triste.

Su problemática, en cambio, sólo nos parece parcialmente válida. Admitimos lo que tiene de sentido crítico frente a la forma puritano-materialista del amor burgués. En este sentido nos parece positiva la proyección de alguna de sus películas en las pantallas españolas. Teniendo en cuenta que el cine constituye el principal consumo cultural de gran parte de la sociedad española, la problemática de Antonioni puede despertar cierto sentido crítico, siempre que lo que parece probable los otros factores de la sociedad no lo aneguen en el conformismo.

En cambio no podemos aceptar lo que tiene de afirmación de un permanente fracaso, sin esperanza, del amor humano.

LUIS G. SAN MIGUEL